

quebrantaré por mi mano;
y hoy, ¡a verte bueno y sano
o a morir de hambre los dos!

*

Y aferrado al ideal—
dice la vieja leyenda—,
que desanduvo la senda
que llevaba al hospital.

ilrredentos!

Negaron el indulto;
los recursos legales agotados,
¿qué hacer sino aguardar del drama rojo
hasta el último acto?
Yo vi salir al cura,
de la celda, con ánimo abatido;
yo le oí musitar con honda pena:
“Es Satán que se opone en mi camino.”

En la capilla penetró, y el reo
la franca mano extiende;
yo vi su faz de palidez de cirio
nimbada por un hálito de muerte.

—Y bien, mi defensor: ¿la última cena,
que por última habrá de ser sonada,
haremos juntos? Gracias. Poco vino,
todo gresca... ¡y mañana...!

—Me dijo el sacerdote...

—Por supuesto:

que me confiese y que perdone ¡es otra!
a fuer de viejo, es cándido: que cambie
los papeles... veremos si él perdona.
Sentémonos, y a guisa de capítulo
titulémosle: "Ultimo banquete
de sentenciados a la pena última."

Yo liquido mañana

y usted cuando se muera... si es que muere.

—Hay que pensar, con la conciencia a solas...

—¡La conciencia! No tengo en mis defectos
ese vicio tan cursi.

Perdonar... olvidar... remordimientos...

Si porque la conciencia no remuerda
en achatar sus dientes me he ocupado;
¡saber que el bicho trae sus colmillos
y en mi contra azuzarlo!

Bien: me doy la palabra,
porque después de todo a usted le resta,
para echar a trinar el pico de oro,
de años bien larga cuenta;

y entre tanto que cena, oiga una página
de la comedia de mi vida, escrita
torpemente; peor representada...

Yo no ceno: cenar es poco higiénico
y pretendo en salud dejar la vida.

* * *

¿Tuve padre?... Tal vez; no estoy seguro.
Yo sé que madre tuve y es bastante:
se embriagaba... ¿a mí qué? Me dió alimento
y sus besos... Sus dichas, sus pesares;
de sus labios oí, cuando bebía,
cierta historia y, en fuerza de escucharla,

acabé por creerla:
 que fue en un tiempo honrada;
 al par de honrada, hermosa;
 que vistió de estopilla
 y en la edad de los sueños
 robóla al nido un ave de rapiña
 que, haciéndola pedazos alma y cuerpo,
 hecha un guiñapo... ¡la empujó al arroyo!...
 ¡y río, que vertidas tantas lágrimas,
 se agotaron las fuentes de mi lloro!
 He golpeado, herido y he matado
 en desagravio de la que, gimiendo,
 con hipos de embriaguez me repetía:
 "Mi nido era risueño;
 le seguí enamorada;
 me abandonó... y al regresar al nido,
 ni el viejecito ni mi anciana madre:
 ya ninguno, ninguno me bendijo.
 ¡Odio a los hombres! Pero a ti, criatura,
 ¡te amo! ¡te adoro!..." Yo volé más alto:
 a todos odio... ¡a todos, y a mí mismo!
 ¿Sé por ventura cuántos la ultrajaron?

Hoy los buenos burgueses me condenan;
 la *pública vindicta* lo reclama;
 pude ser bueno y nadie me condujo;
 de mí lo piden todo ¡sin dar nada!
 ¿No dormí en los umbrales de las puertas?
 ¿no usé papel por falta de cobija?
 ¿quiénes me acompañaron?
 ¿a cuál escuela iba?
 ¿no rodé por el mundo?
 ¡De lodo entiende el que en el lodo rueda,
 y quien me culpe arrójeme implacable
 con mano airada la primera piedra!

.....

Y el reo demudóse, y su mirada,
 y aquella faz de palidez de cirio,
 se volvieron al cielo, suplicantes,
 como invocando al cielo por testigo.
 Me sentí avergonzado; me oprimía
 una insólita pena:
 había un reo, sí, pero tentado

me sentí de creer que yo lo era.
Ilustrad al obrero; dad abrigo
a los niños que ruedan por el fango.
¡Oh, pobres irredentos! dadles alas:
¿qué alas más grandes que el abecedario...?
“¡Más luz... más luz aún” para el espíritu,
y no olvidéis que es este el cruel dilema:
oponer a la escuela contra el crimen...
¡o consagrar el crimen como escuela!

Para una
balona

Cantaba la pordiosera
balonas de mi país;
con la guitarra solía
ora llorar o reir.

La luz de sus negros ojos
con otra luz se encontró
y, temblando, la mozueta
interrumpe la canción.

—¿Por qué será mama mía
que toos me ven así?
Me dejastes en la vida,
y canto para vivir.

¿Acaso en el hespital
ningún hombre ti ayudó?
¡Claro! ya no eras hermosa
y aun era muy niña yo.

Los ojos de ese siempre me siguen:
pero mi avisa mi corazón
que así como ese te vió aquel hombre
que por capricho ti habló de amor,
y en una noche se hizo mi padre...
¡y al levantarse ti abandonó!

Cuando
lo de Candela...

—Y Salomé ¿quién era?
—Una viejecita fanática por la Revolución; en su casa comíamos todos por unos cuantos centavos que ella aceptaba gustosa, sin más esperanza que la de acrecentar su pobreza; pero segura de ver triunfante la Revolución. Nació en Matehuala; murió en Candela hace unos meses... ¡ah! era terriblemente malhablada.”

Hasta aquí mi informante; yo dedico a Salomé este canto, pensado con amor y escrito unciosamente ante las ruinas sagradas de Candela.

Y el viejecito insiste:

—¿Cuándo lo de Candela? Fue muy triste...
Sin copas; se me suben y al cabo
endilgárselo a usted de cabo a rabo
por obra del mezcal, no tiene chiste.

¿Ve usted aquel cerro? ¿el cerro de la villa?
 Cayendo y levantando como bidos
 y a media nochi, desde los recodos
 mirábamos, como una pesadilla,
 arder, unos su casa, o si en la chilla
 estaban, su jacal: de todos modos
 la tristeza era igual, igual pa todos.
 ¡Quemar Candela! ¿Acaso tiene duda
 que en las causas del pueblo Dios ayuda
 porque es su propia causa? ¡Ni la escuela
 respetaron! Decía la locuela
 de mi ñeta: "No llores." ¡Ay, canela!
 ¿No llorar cuando el llanto se me añuda
 en el pescuezo? Hasta mi frente suda
 cuando mi acuerdo de lo de Candela.

Rumiaba Salomé: "No tienen clacos,
 pero son rete güenos; la comida
 y su mezcal, te digo y lo repito
 que no les faltarán: mi importa un pito
 pelarme di hambre... ¡estoy tan carcomida!
 Crémelo, de peliar andan tan flacos."

Era en julio, no sé; por ai sería
 cuando oyimos: "¡Ai vienen los pelones
 de Alessio y Navarrete y son montones!"
 ¡Y cuántos ires, cuanta gritería
 por calles y por plazas, pues venía
 un demonial de tropa y cien cañones.
 Todas aquellas gentes
 pensaron en salirse: los valientes
 de cacumen bien saben ques delito
 exponerse de en balde: anque el retablo
 de la iglesia otra cosa tenga escrito,
 lo que resulta es esto: en el confito
 entre el bueno y el diablo... ¡gana el diablo!

.....

Siguiendo mis consejos,
 unos a Gloria; a los alrededores
 del cerro o al Rincón de Flores
 fueron los otros: jóvenes y viejos,
 muchachas y mujeres... ¡qué de horrores!
 ¿Se fija usted? ¡Dejar nuestros trebejos,

mercados todos con nuestros sudores!
 ¡Viera usted los calores
 que hacían! Por ahí vamos... lejos... lejos.
 De mujeres que nadie conocía,
 cargábamos a cuestas las criaturas:
 ¡angelitos de Dios! Me parecía
 su llanto, no de ver sus desventuras,
 sino de rabia... yo lo juraría.
 Algunas que en estado interesante
 caían o resbalaban sobre el barro,
 muertas de susto, bajo algún chaparro,
 sin ayuda, aventaron a su infante.
 ¡Y cuánto cañoniar! era un derrochi;
 tanta metralla echaron esas gentes,
 que—llueve poco aquí—pos esa noche,
 caían aguaceros a torrentes.
 La pobre Salomé casi iba a gatas,
 entonando balonas
 y echando sus bravatas,
 con andares que, más que de personas,
 era el de esas arañas muy zanconas
 que les tronchan las patas.

No más le resonaban los talones
 y, arbolando el guaripa: “¡Erria, pelones
 traicioneros! Ansí que de barriga
 tuviera qui arrastrarme en los piedrones,
 no me regüelvo con... Ni quen lo diga,
 porque no sé decir malarazones.”

Atole de agua-miel, raíces, cogollos...
 eso comíamos: una misma ley
 para indios y pa criollos.
 Tal vez pa recordar nuestros abuelos
 dormidos en los cielos,
 nos brindaba su espíritu el maguey.
 ¡Pobre de Salomé! Con todo y males
 llegó a nosotros con su pian-pianito
 que dió de sí; al verla sólo un grito
 resonaba, y rodó por las jacales
 el ¡Viva! dado a Salomé Rosales.

¿Y Candela? Por más que nunca quiera
 odiar ¿cómo he de ser indiferente?

Romero causa fue de lo que fuera...
 ¡El muy canalla! ¡Allí le hicimos gente!
 Hasta en los cielos resonó aquel: “¡Muera!
 ¡muera Romero que por extipendio
 y odios mal contenidos,
 sirvió a los bandidos
 de guía en el incendio!”
 ¡Si hijo, si madre, si un amor tuviera
 pa verles retorciéndose en la hoguera!

.....

Negra la nochi; desde abajo el fuego
 hasta el cielo llegó, y era una danza
 estragosa de llamas. Loco, ciego,
 iba el enjambre federal y a luego
 de quemar una casa, sin sosiego
 iba a la otra y “¡Que si arda!” Ni esperanza
 nos dejaron: por eso como un ruego
 el fuego nos gritó: ¡Muerte y venganza!
 ¡Venganza y muerte! Sépanlo, crueles,
 qui hoy cada ruina es un lugar sagrado,

porque fueron cuarteles
 y había en cada uno un buen soldado
 que aprendió de su abuelo
 y en su escuela aprendió:
 “Piensa ¡oh, Patria querida! que el cielo
 un soldado en cada hijo te dió.”

Que nunca reconstruyan esas ruinas
 consagradas, divinas,
 para que en ellas tenga el país escuela
 y yo tenga mi arrullo,
 y muera, cuando muera, ¡del orgullo
 di haber muerto en Candela!